

§. III.

OBSTÁCULOS INTERIORES QUE SE OPONEN Á SUS REFORMAS.

AL exponer en nuestros anteriores artículos la doctrina del Catolicismo acerca de la independencia de la Iglesia y de la libertad del hombre, hemos puesto de bulto la doctrina de Pio IX sobre estas árduas materias; porque yerran grandemente los que creen que este gran Pontífice es un gran innovador en asuntos políticos, como quiera que no cabe espíritu innovador en los depositarios de aquellas verdades eternas, que son como eternas luminarias, puestas en lo alto para alumbrar todos los horizontes del mundo. Pio IX sostiene hoy lo que ha sostenido el Pontificado, en toda la prolongacion de los tiempos: la libertad y la independencia de la Iglesia. Sostiene lo que sostenía San Anselmo, cuando exclamaba: *Nihil magis diligit Deus in hoc mundo quam libertatem ecclesie suae*. Sostiene lo que sostuvieron Gregorio VII é Inocencio III en sus gigantescas luchas con príncipes y emperadores, despreciadores de las leyes de Dios, concubinarios, simoniacos, adúlteros, tiranos de sus pueblos, y confiscadores de los tesoros espirituales de la Iglesia. Defiende la libertad y la independencia de la Italia, como la defendieron, en las pasadas edades, los gloriosos fundadores de su gloriosa dinastía. Y para que la semejanza sea completa, defiende esa libertad contra los emperadores de Alemania, que sin los triunfos del Pontificado hubieran hecho retroceder á la Europa á su primitiva barbarie. Los que aplauden y victorean al santo Pontífice dentro de los muros de Roma, son aquellos güelfos que hemos conocido en la historia como los defensores de la independencia italiana. Los que conspiran tenebrosamente contra el Padre Santo, son aquellos gibelinos de los pasados tiempos, vendidos ahora como entonces á los bárbaros de allende el Rhin, codiciosos de asentar su yugo efímero en la no domada cerviz de la ciudad eterna. Nada ha mudado de aspecto

en esa ciudad santa, depositaria augusta de las tradiciones católicas: el mismo espíritu de libertad é independencia, que hablaba al mundo por boca de los Gregorios y de los Inocencios, habla hoy al mundo por boca de su sucesor en el Pontificado. Los mismos partidos que dividian antes en bandos y en parcialidades la Italia, la conmueven hoy hondamente, la afligen con sus discordias, y la abrasan con sus incendios. La misma cuestion que se planteó por sí misma desde que hubo en Occidente un sacerdocio constituido, y desde que se constituyó un imperio en Occidente, entre este imperio y aquel sacerdocio vuelve á plantearse hoy por sí misma otra vez, con el privilegio que siempre tuvo, tanta es su grandeza, de embargar la atencion de las naciones. *Nihil sub sole novum*.

Encargado Pio IX de dar una resolucian á ese inmenso problema, se encuentra en presencia de obstáculos que al parecer son insuperables, y de dificultades que al parecer son invencibles. De esos obstáculos, unos son interiores, y otros son exteriores. En este artículo, nos proponemos hablar de los primeros, dejando para más adelante hablar de los segundos.

Calificamos de interiores, aquellos obstáculos que se levantan contra el Pontífice en el mundo católico; y aquellos otros que oponen al príncipe temporal los pueblos italianos. Calificamos de exteriores, los que nacen de los encontrados intereses de las grandes potencias de la Europa.

Dos grandes sistemas hay en el mundo católico acerca de las relaciones que conviene establecer entre las dos potestades: consiste el primero en fundar entre ellas una estrecha alianza, por medio de mútuas concesiones, reducidas, por parte del sacerdocio, á permitir á la potestad temporal cierta intervencion en sus cosas; por parte del imperio, á ofrecer á la Iglesia su protectorado: consiste el segundo en no consentir ninguna especie de intervencion de la potestad temporal en lo que concierne á la Iglesia, y en renunciar á toda especie de protectorado y á todo género de alianza. En este último sistema, las relaciones entre las dos potestades se reducen al mútuo respeto de su libertad y de su independencia respectivas.

Uno y otro sistema tiene su fundamento y su esplicacion en la historia. Cuando las monarquías europeas florecientes, católicas y tranquilas, se adelantaban en sus gigantescos crecimientos, sin temor de ser contaminadas por el error, ni de verse derribadas por el suelo al ímpetu de las revoluciones, ninguna cosa habia más natural, á un tiempo mismo, y más conveniente, que esos tratos de alianza, y esas mútuas concesiones entre dos potestades igualmente católicas, igualmente respetables, é igualmente respetadas. Aun así y todo, esas alianzas no estuvieron exentas de peligros. La potestad temporal, cediendo muchas veces á aquella inclinacion irresistible hácia su engrandecimiento que Dios ha puesto en todas las potestades de la tierra, aspiró á convertir su pacífico protectorado en dominacion y en despojo. Todavía vive en la memoria de los hombres el recuerdo de aquella gran batalla que se trabó entre el sacerdocio y el imperio por la cuestion de las investiduras; en la cual, de nada menos se trataba, sino de decidir si la Iglesia habia de caminar por el mundo desembarazada y libre en pos de sus gloriosos destinos; ó si habia de vivir sujeta, como miserable esclava, á miserable servidumbre.

Otra consideracion poderosísima abonaba, en aquellos tiempos, esos estrechos vínculos de union entre ambas potestades. Rayando apenas los pueblos en su infancia, cuando rayaban ya en su lozana virilidad las monarquías, estas ejercian una accion tutelar y benéfica sobre todas las sociedades que iban creciendo y floreciendo al amparo de su sombra: de donde resultaba, que toda alianza que tuviese por objeto engrandecer las monarquías á los ojos de los hombres, habia de ser, por necesidad, beneficiosa al género humano, confiado á la sazón á su tutela y á su guarda.

Con el trascurso, empero, de los siglos, varió de todo punto el semblante de las cosas. Por una parte, en las monarquías se fué apagando poco á poco aquel fervor religioso de sus primeros años, que neutralizaba hasta cierto punto los inconvenientes que naturalmente habian de seguirse de su intervencion en las cosas de la Iglesia: por otra parte, mientras que las monarquías se iban haciendo viejas, los pueblos se iban haciendo viriles; resultando de aquí, que

á un mismo compas crecian los unos y menguaban las otras, viniéndose á más andar el dia que los pupilos habian de dar al traste con la autoridad de sus tutores. Firmar pactos de alianza y de amistad eterna con una potestad que iba á dar consigo en el suelo, y que cumplido su encargo, habia dejado ya de ser el agente universal y necesario de la civilizacion en el mundo, era meter la barca del Pontificado en un mar sembrado de escollos, poniéndola al capricho de los vientos y á la merced de los azares.

No era cosa difícil de presumir, que siguiendo la Europa por estos caminos, iba á salir definitivamente de la edad aristocrática y de la monárquica, para entrar en la democrática, llena de tempestades y tumultos. Véanse venir estos tiempos, no solo por los rumores sordos, intermitentes, amenazadores, erráticos, que anunciaban á los entendidos las grandes tormentas populares, sino tambien, y más principalmente, por los signos de perdicion que comenzaban á descubrirse en todas las monarquías europeas; las cuales habiendo perdido no solo los instintos de sus crecimientos, sino hasta los de su conservacion, metian ciegamente la nave que llevaba su fortuna por esos mares tumultuosos, vagando entre sus vagíos con la misma estúpida indiferencia que si fueran cortando con naves vestidas de oro y de púrpura los cristales de lagos serenos. Unas desvanecidas y locas, se proclamaban absolutas y eternas en la víspera del dia tremendo en que hasta habian de dejar de ser monarquías: otras se metian ridículamente á filosofar, ignorando que detras de esas filosofías venian las revoluciones, las cuales no perdonan ni á los reyes metidos á filósofos, en los dias de sus venganzas: algunas hubo que, instrumentos providenciales de su propia perdicion, se encararon con la Iglesia para sacudir lo que llamaban su yugo, y lo que hubiera sido en realidad su único apoyo, en los dias que habian de ser para ellas de nieve y fortuna. Otras, en fin, á la manera de aquellos hombres degradados ó de aquellas mugeres perdidas, que para no mirar el esqueleto de la muerte que tienen delante del ojo, piden una hora de olvido á los placeres enervantes, y una hora de aturdimiento á los licores corrosivos, armaban zambras, y estruendos báquicos, y locos festines; y se

untaban las caras arrugadas y marchitas, más bien por los excesos que por los años, con unguentos olorosos; hasta que se soltaron todas las cataratas de la democracia; y vino su diluvio; y con su diluvio, su inundación, que se llevó á los abismos esas monarquías corrompidas y decrepitas, y derribó por tierra los alcázares consagrados á sus zambras y festines, y se llevó sus afeites y sus unguentos. No andan errados los que creen que la revolución fué hechura de los espíritus infernales desencadenados por el mundo; pero tampoco erraron los que creyeron que no salieron de sus prisiones para conturbar la tierra sino con permiso muy alto. La revolución fué una obra del infierno, permitida por Dios; una obra á un mismo tiempo, infernal y divina. Infernales fueron los medios y sus agentes; divinos, sus resultados y sus fines.

Las revoluciones fueron como los estampidos estruendosos del cañon, que anunciaron á la tierra el advenimiento de la democracia triunfante. La Iglesia, que habia firmado pactos de amistad y de alianza con las monarquías en tiempos para ellas mas bonancibles, no las abandonó en el dia de sus desventuras, y arrastró lutos en el de sus funerales. De aquí se siguieron para la Iglesia consecuencias gravísimas, que no debe olvidar el mundo católico, y que deben estar presentes siempre en la memoria de sus Pontífices. La democracia victoriosa la acusó de absolutista; á ella, que habia lanzado sus anatemas invencibles contra todos los tiranos. La democracia victoriosa la acusó de aristocrática; á ella, que habia predicado la igualdad y la fraternidad de los hombres. La democracia victoriosa la acusó de retrógada; á ella, que habia amamantado á la libertad con sus fecundísimos pechos. La Iglesia entonces padeció grandes adversidades y gloriosas persecuciones. Sus ministros anduvieron pobres y errantes por el mundo: sus altares fueron derribados en el polvo; sus dogmas fueron el ludibrio de las gentes, y hasta su mismo Dios perdió el derecho de ciudadanía en el Estado, y fué arrojado de sus templos.

Este gran naufragio de todos los principios religiosos y sociales dejó una huella honda é indeleble en la imaginación aterrada de los hombres. Varones eminentísimos comenzaron á sospechar que

era una grave falta en la Iglesia apoyarse, siendo eterna como lo es, en lo que es efímero y deleznable, es decir, en las potestades humanas; como quiera que hasta las mas firmes caen, cuando ella está siempre en pie; que las más bien asentadas se desploman, cuando ella conserva siempre su venturoso equilibrio; y que aun aquellas mismas que por su lozanía parecen nacidas para la eternidad en sus primeros años, muestran luego las arrugas, que van publicando á voces que su eternidad era una ilusión, y que habian nacido en el tiempo para morir con el tiempo.

Entonces nació y creció ese gran partido que está dispuesto á renunciar en nombre de la Iglesia á todas las alianzas y á todos los protectorados, por reconquistar su libertad primitiva; libertad augusta, libertad santa, que ha de llevar la Iglesia del Señor á todos los confines del mundo; que la ha de entregar libremente rendidos á sus pies á todos los pueblos; que ha de poner la cruz en las mayores alturas, para que la adoren las gentes. Esa opinion, por no decir ese partido, ha subido al Pontificado con Pio IX; y al encarnarse en su santísima persona, se ha encarnado en el más eminente de todos los príncipes, y en el más augusto de todos los hombres.

No por eso, sin embargo, deja de estar como partido en bandos sobre esta gravísima cuestión el mundo católico; y como quiera que esta falta de unidad, en asunto de tan alta trascendencia, entorpece la acción del gran Pontífice que gobierna hoy la Iglesia de Jesucristo, nos ha parecido notarla aquí, como el primero de los obstáculos interiores con que ha de luchar y que debe vencer para llevar adelante sin tropiezos su generoso propósito.

El segundo de los obstáculos que hemos llamado interiores, proviene de ciertas amistades sospechosas y de ciertas alianzas llenas de peligros, que se le ofrecen al paso al venerable Pontífice, saliéndole al encuentro de todos los puntos del horizonte italiano. El peligro de estos ofrecimientos no está en que hayan de ser aceptados por el eminentísimo varon que solo aguarda su triunfo y solo recibe sus inspiraciones de aquel que no abandona nunca la barca del pescador á la merced de las irritadas olas: está en que contribuyen

á producir una confusion peligrosísima entre dos especies de libertades tan opuestas entre sí como la verdadera libertad y la verdadera servidumbre; confusion que es fuerza desvanecer, y que no desvanecida prontamente, dañaria de una manera grave al éxito de la santa empresa acometida por el Pontífice santo. Ya se alcanzará á nuestros lectores que aludimos aquí á la libertad que hizo su entrada en Italia con la propaganda francesa; libertad que vino al mundo en un dia nefasto; que nació de la conjuncion punible y del dañado ayuntamiento del filosofismo y la revolucion; que no recibió su nombre en las fuentes bautismales de la Iglesia; cuyo dia natalicio fué celebrado con lúgubres y sangrientas hecatombes. Aludimos, en una palabra, y para decirlo todo de una vez, á la libertad revolucionaria, con la cual ni puede entrar en tratos ni ajustar paces la libertad católica.

Y no se entienda que el que estos artículos escribe, cree que aquella libertad tiene en la península ardientes y numerosos partidarios: cree al revés, que hoy dia la libertad católica alcanza allí crecimientos que nunca pudo alcanzar la revolucion: esto no obstante, las conflagraciones de Luca, de Toscana, de Milan y de las Dos Sicilias han venido á contristar hasta cierto punto al mundo católico, no acostumbrado á reconocer la libertad en las facciones descompuestas por el terror ó por la ira, que suelen mostrar las insurrecciones vencidas y las insurrecciones triunfantes. Que una gran parte de la responsabilidad de aquellos acontecimientos debe pesar sobre los gobernadores de los pueblos italianos, menos presurosos de lo que debieran en seguir las pisadas del Santo Pontífice, es para nosotros una cosa puesta fuera de toda duda: que aquellos movimientos insurreccionales deben atribuirse más bien á los nobles instintos de independencia, que á las bastardas pasiones que las ideas revolucionarias suelen remover en las muchedumbres, es para nosotros una cosa evidente. Y sin embargo, nuestros ojos se apartan con amargura de esos espectáculos turbulentos, que al fin y al cabo van á parar siempre á una revolucion de mala ley, y á una libertad que de seguro no es la libertad católica.

La libertad católica es el resultado de la santa confianza que

pone el pueblo en su príncipe, y del santo amor que pone el príncipe en su pueblo. La libertad católica es la que hoy resplandece en la primera capital del mundo con suaves y benignos resplandores. La libertad católica y la religion católica son hermanas: ambas han nacido en el Cielo, y ambas han bajado de las alturas para consuelo de los príncipes amorosos y de los pueblos mansos.

Por lo que hace á la libertad revolucionaria, los que la proclaman, no quieren la libertad como fin, sino como medio de remontarse á la region altísima donde está la potestad suprema, *instrumentum regni*. Así como la católica procede del amor, la revolucionaria tiene su fundamento y su origen en inextinguibles rencores: la primera va seguida de la paz; la segunda, de las discordias: la una triunfa por medio de la confianza que inspira; la otra se impone á las gentes en nombre de la fuerza. La católica hace un llamamiento general á todos los hombres; y bajo su imperio, todos los llamados son libres: la revolucionaria llama á todos, pueblos, reyes y tribunos; pero con diferentes llamamientos: llama á los tribunos para darles la potestad, á los reyes para quitarles el cetro, á los pueblos para sujetarlos con dura servidumbre. La católica da lo que la revolucionaria ofrece.

La libertad revolucionaria es esencialmente anti-católica, porque es esencialmente pagana. Esto sirve para explicar, por qué la revolucion de Francia fué una especie de resurreccion del paganismo, muerto siglos atrás á manos de la Iglesia. Entonces sucedió que el Estado recobró aquella omnipotencia terrible que tuvo en las sociedades antiguas; que la Francia se partió en castas dominadas y castas dominadoras; que *extrangero* significó lo propio que *enemigo*; que un Dios nacional llamado la *razon* quitó el cetro y el trono al Dios de todas las naciones, al Dios del género humano. Entonces volvió á aparecer la antigua distincion entre los hombres, en libres y esclavos. Hecha esta clasificacion ominosa, dijeron los franceses para sí: « Los libres han nacido para mandar: los esclavos para obedecer: mandemos á los demas hombres, porque todos los hombres son esclavos, y nosotros somos libres: si nosotros somos libres, y esclavos los demas, solo la Francia es libre, todas las na-

ciones son esclavas; llevemos el hierro y el fuego á todas las naciones; » y para dar paso á todos sus ejércitos, se abrieron por todas partes todas sus fronteras. La Francia pascó entonces por la Europa su bárbara libertad, que no era otra cosa sino un tremendo y aterrador egoísmo.

Los pueblos católicos pusieron cerco á la nacion pagana, hasta que se fueron apagando uno por uno sus encendidos volcanes. Si la Francia hubiera salido victoriosa de aquel inmenso cataclismo, las tinieblas de la barbarie hubieran vuelto á tenderse por la Europa, y el sol de la civilizacion hubiera desaparecido del mundo.

Para nosotros es una cosa puesta fuera de toda duda, que todo movimiento político y social que sale de las vias católicas, conduce á las naciones fuera de las vias de la civilizacion, hasta volver á dar con ellas en las edades bárbaras. Esto mismo que nos enseña la razon, nos lo atestigua la historia. Los reyes se salieron de las vias católicas, cuando ensanchando su potestad desmesuradamente, olvidaron que la libertad humana es de derecho divino. Los pueblos á su vez se salieron fuera de las vias católicas, cuando olvidaron que Dios ha puesto bajo su santa proteccion á las potestades legítimas, y que las ha encomendado el cuidado de la tierra. ¿Y qué fué lo que sucedió á los reyes? Les sucedió, que por donde pensaban ir á parar á la omnipotencia, por allí fueron á parar á la guillotina. ¿Y qué fué lo que sucedió á los pueblos? Les sucedió, que por donde pensaban ir á parar á una emancipacion completa, por allí fueron á parar á una servidumbre absoluta. ¿Y qué otra cosa es sino una edad bárbara, aquella tristisima edad en que las naciones son siervas, y en que los reyes son guillotinos? Tan cierto es, que donde no está el Catolicismo, allí está la barbarie.

Antes de poner término á este artículo, nos ha parecido oportuno declarar aquí solemnemente que, en nuestro sentir, de los grandes obstáculos interiores que se oponen á las santas reformas de Pio IX, el que acabamos de exponer, es sin ningun género de duda el más grave, y tambien el más peligroso. Nuestra conviccion íntima y profunda es, que la libertad revolucionaria no ha llegado aun al período de su declinacion; y que la libertad católica habrá de

venir con ella al campo muchas veces, antes de asentar su pacífico imperio en las naciones. Entre tanto, cumple á los hombres de buena voluntad, derramados por la tierra, agruparse al rededor del varon fuerte y santo que ha recibido del Cielo el encargo providencial de mostrar las maravillas de la libertad católica á las gentes, y el de anunciar al mundo su venturoso reinado.